

Paciente

Marina Frankel



Capítulo 1

Una punzada en el vientre la despertó. Sangraba. Desde hacía más de un año era una experta en registrar las contracciones uterinas que le daban la señal de apuro para llegar al baño y así evitar la catarata, las manchas, el enojo y la angustia del lavado y cambio de ropa sucia. Corina alertada se sentó en la cama, apoyó sus manos contra el colchón y tomó impulso para levantarse. Caminó al baño, sosteniéndose de las paredes del pasillo, aceleró el paso corto de sus pies envueltos en unas viejas pantuflas. Sentada en el inodoro inspeccionó la toalla higiénica repleta de manchas con distintas tonalidades rojas y marrones. El olor fétido, nuevo dato matutino, confirmaba una vez más, que no se trataba de una simple menstruación abundante y eterna. Corina repuso el apósito, lavó sus manos y apoyada sobre la bacha repitió frente al espejo como un mantra: "Ir al médico, ir al médico, tengo que ir al médico". También se lo coreaba su comadre Flora y hasta Jorge, su pareja, que nunca decía demasiado. El temor indicaba que lo mejor era no saber, mientras los coágulos seguían descendiendo.

Caminó despacio por el pasillo hacia la cocina, corrió la cortina de tiras plásticas verdes, prendió la luz y se acomodó en una de las sillas. Llamó a su jefe para avisar que no iría al puesto de flores. Resultaba insostenible trabajar a la intemperie en pleno invierno, sin un baño cerca, por un salario miserable que últimamente gastaba por completo en toallas higiénicas, cada vez debía comprar mayor cantidad, ya no alcanzaba ni con las más baratas.

Cortó el llamado y un retorcijón la encorvó. Llevó sus manos al bajo vientre y las frotó hasta que el dolor cedió. Corina anotaba en su mente las tareas postergadas: una montaña de ropa sucia al costado del destartado lavarropas, platos, ollas y cubiertos apilados sobre la bacha, alacenas casi vacías y una alfombra de polvo esparcida por el piso de cemento de la casa que se iluminaba con el sol de la mañana. Por algún lado empezaré, pensó Corina, un nuevo espasmo le anunció lo contrario. Jorge corrió la cortina verde y la encontró conteniendo una mueca de dolor. Besó a Corina en la cabeza, ella continuó con la vista perdida en la única fila de azulejos de la pared. Jorge apartó la pila de platos sucios para hacer espacio a la pava, la cargó de agua y la puso al fuego. Buscó el mate, mientras lo llenaba juntó aire y exhaló la pregunta temida: cómo ayudarla. Corina escondió la cabeza entre sus brazos cruzados sobre la mesa, se irguió al sentir la mano de Jorge en el pelo. Con lentitud se paró y anunció que iría al hospital.

Se cambió con la poca ropa decente limpia que encontró, una vez lista, cartera y llave en mano, quedó petrificada en la puerta. Ese día Jorge no tenía trabajo, esperaba el llamado de alguna changa. Sus hijas, Lucy y Paula, aún dormían. ¿Qué haría Jorge de desayuno? ¿Y de almuerzo? Nunca sabía cuánto tiempo demoraría en el hospital. Jorge se acercó la

abrazó y le pidió que fuera tranquila.

Camino a la parada del colectivo, las baldosas de la cuadra resultaban infinitas, el peso de sus pies aumentaba. En la esquina de su casa, dudo en llamar a Flora para pedirle que la acompañe, prefirió no molestar, sólo faltaban unos metros más.

Corina ingresó a la guardia del hospital y percató cómo sus pantalones se teñían de rojo. Avergonzada, pidió ayuda, que la atiendan rápido. Una médica rubia y alta la ingresó a un pequeño consultorio. Le ordenó que se desvistiera, Corina miró a su alrededor, no había ni un biombo que ocultara su desnudez. Se acostó en la camilla, piernas abiertas, pies en los estribos. No lograba enfocar su atención en las caras y palabras de enfermeras y médicas que entraban y salían de aquel lugar. Por suerte, alguien le dio una bata amarilla, casi transparente, su ropa ya no servía.

La doctora rubia la interrogaba junto a otra mujer morocha, baja, demasiado joven para ser médica, según Corina. "¿Última fecha de menstruación?" "No recuerdo", respondió tímidamente. "¿Desde cuándo tiene este sangrado?", hubiera respondido una eternidad, pero la médica siguió hablando. Corina captaba las formas de las palabras pero se escabullía el contenido. Decían que había que estudiarla, que se tactaba una masa y no entendían cómo estaba de pie con ese hematocrito tan bajo. Sus voces sonaban como un canto de cotorras, ella sólo anhelaba cerrar los ojos y dormir.

"Señora, ¿entiende lo que acabamos de informarle?", la despabiló la voz de la médica más joven. "No, no entiendo", quería gritar. Internación, masa, estudios, esas palabras rebotaban en su cabeza. Tumor, creyó oír, no sabía. "No te preocupes, todo va a estar bien", dijo la médica joven y la tomó de la mano. Corina se corrió lentamente, no quería llorar, nada estaría bien, se reprochó haber ido sola.

Le dijeron que llamara a un familiar. Obedeció. Llamó a Jorge, le dijo que necesitaba ropa. Cortó el teléfono y lo imaginó desorientado buscando qué poner en el bolso y a sus hijas preguntando preocupadas. Por suerte aún tenía saldo. Llamó a su comadre Flora, ella vivía a unas cuadras y sabría qué hacer.

Corina esperó sentada en la cama que le habían asignado en una habitación compartida con otras cinco mujeres. Por el ventanal se veía cómo el sol caía entre la arboleda del viejo hospital. Jorge llegó transpirado con el bolso. En los pocos minutos que le permitieron quedarse la abrazó, ella se cobijó agradecida de no tener que conversar. El hombre de seguridad hizo una seña y Jorge se fue. Se acostó en posición fetal y lloró.

A la mañana siguiente, una voluntaria pasó por cada cama preguntado a las pacientes si necesitaban algo, ofrecía ropa, revistas, crucigramas. Corina por no resultar descortés y despacharla rápido, pidió lo mismo que

la mujer de la cama de al lado: un cuaderno y una lapicera.

En el hospital las horas transcurrían lentas, como si rigiera un reloj paralelo que marcaba minutos eternos. Las pacientes conversaban entre ellas, contaban sus historias, enfermedades y pesares. Corina sólo escuchaba, poco hablaba.

Calculó la hora y llamó a Jorge para saber si las nenas estaban listas para ir al colegio, si habían encontrado los guardapolvos y que no olvide los alfajores o las galletitas para que coman en el recreo. Jorge les pasó el teléfono a las hijas, ellas se burlaron de la poca habilidad de su papá para hacerles trenzas y del poco sabor de la cena de la noche anterior, Corina rió y les envió besos voladores.

Su celular colapsaba de mensajes y llamadas perdidas de parientes que querían noticias suyas. Corina había escuchado varias veces la frase "posible tumor" pronunciadas por las médicas y enfermeras que deambulaban por la sala. Pero ella decidió pensar que eran sólo palabras como sonda, chata, catéter, suero y tantas otras que se oían en el hospital. No abrió los mensajes, ni devolvió las llamadas. Apagó el celular. No soportaría la angustia ajena, ni el pedido que sea fuerte y que la pelee y mucho menos sentir que la enterraban en vida.

Junto con el almuerzo volvió la voluntaria y dejó sobre la mesa de luz el pedido. Ofreció hacerle compañía, la comida sirvió de excusa y la señora se marchó. Corina apartó la bandeja de metal con el pollo desabrido y apoyó sobre la mesa el cuaderno y la lapicera. Abrió la tapa y olió las hojas amarillas. En la primera página escribió su nombre y la fecha, con la estela de la tinta liberó algo de sí. Le resultó placentero garabatear pensamientos, sentimientos, deseos y temores que brotaban en forma de palabras, oraciones, listas. Entre las letras descubría un espacio oculto para ella.

Perdida en la escritura no vio a las médicas acercarse, se sentaron en los pies de su cama. La seriedad en sus rostros le indicó a Corina que había llegado la hora esperada. Escondió el cuaderno bajo la almohada y se acomodó en el duro colchón dispuesta a escuchar.